

Paloma Sánchez-Garnica



Últimos días en Berlín

Finalista Premio Planeta
2021

 Planeta

Berlín, 30 de enero de 1933

Obedeciendo a una ley irrevocable, la historia niega a los contemporáneos la posibilidad de conocer en sus inicios los grandes movimientos que determinan su época.

STEFAN ZWEIG, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*

A pesar del aire gélido de aquel atardecer, Yuri Santacruz decidió salir a la calle. Su casera, la señora Metzger, había oído la noticia en la radio: se había organizado un desfile de antorchas para celebrar el nombramiento de Adolf Hitler como nuevo canciller de Alemania. No quería perderselo. Por recomendación de la señora Metzger, se abrigó y bajó las escaleras a toda prisa. Nada más salir del portal, el frío traspasó el recio chaquetón aún abierto. Aterido, abrochó los botones, se puso los guantes de piel que le había regalado su hermana Katia por Navidad y ajustó al cuello la bufanda que le había tejido la vieja Sveta. Del cielo plomizo se desprendía aguanieve que se le posaba en las mejillas. Se caló el sombrero y avanzó con paso rápido por Friedrichstrasse. De muchas ventanas y fachadas colgaban banderolas de color rojo rotuladas por el negro de las retorcidas esvásticas. Al llegar al bulevar de Unter den Linden ralentizó el paso, pasmado ante el espectáculo.

En el horizonte nocturno en el que destacaba el ático de

la Puerta de Brandeburgo se vislumbraba el fulgor de cientos de teas, que se movían al son de la marcha. A medida que Yuri se acercaba a Pariser Platz, crecía una multitud desordenada ávida de presenciar aquel cortejo. Las chispas de las antorchas crepitaban en el aire helado. Impresionaba el crujir de las botas que rompían la nieve del suelo con paso sincronizado al compás del redoble de los tambores y de las potentes voces que entonaban el *Horst Wessel Lied*, canto patriótico del Partido Nacionalsocialista que acabaría por relegar al himno oficial de Alemania en la época que empezaba a fraguarse en ese mismo instante. El avance de centenares de hombres ataviados con el uniforme pardo de las milicias nazis parecía una serpiente llameante que se deslizaba lenta e implacable bajo los arcos de la Puerta de Brandeburgo, cruzaba Pariser Platz y giraba por Wilhelmstrasse para pasar ante la cancillería, en cuyo balcón saludaba un Hitler envanecido. Eran las SA, las famosas tropas de asalto, cuyo número y apabullante presencia habían aumentado en los últimos tiempos de forma alarmante, infiltrados cada vez con más ímpetu en la vida privada de los ciudadanos, empleados en amedrentar y proscribir cualquier disidencia política, atajando cualquier crítica al partido liderado por Hitler.

Yuri observaba atónito aquella masa humana que se movía ante sus ojos en hileras de a seis, enarbolando cada uno de ellos una antorcha y formando centelladas de luz en el gris de los adoquines y sombras inquietantes sobre las fachadas de los edificios, como una sutil amenaza. Se fue abriendo paso a empujones entre la multitud de mujeres alemanas, madres, hermanas y esposas de los hombres y muchachos que desfilaron marciales por el centro de la calle, a quienes jaleaban con ardoroso ímpetu y el brazo en alto agitando lo que tenían a mano —pañuelos, bufandas, banderolas—, contagiadas de una especie de histerismo que se extendía como un tóxico imperceptible. Otros, como él, eran simples especta-

dores que asistían a semejante puesta en escena con gestos de cautela, recelosos, sorprendidos.

Era tanto el fervor de los que contemplaban el desfile, que no parecían sentir el frío punzante; Yuri, en cambio, se veía obligado a moverse sin descanso para no congelarse. Sumergido en aquella multitud, se sintió apabullado ante la magnífica celebración de lo que se consideraba un triunfo de Alemania. Le fue difícil no dejarse arrastrar por aquella euforia colectiva, por la sensación de que algo importante estaba ocurriendo.

Después de más de una hora de caminar de un lado a otro, decidió regresar a casa. Se alejó de las arengas y el ruido y avanzó despacio por calles cada vez más solitarias. Cuando ya enfilaba la suya, oyó a su espalda una mezcla de voces, insultos y gritos de auxilio. Se detuvo y se dio la vuelta para saber qué pasaba y quién clamaba ayuda. A unos cincuenta metros, media docena de hombres uniformados de pardo golpeaba y pateaba sin piedad a alguien ya derribado en el suelo, que intentaba protegerse encogido sobre sí mismo. Al llegar a Berlín le habían aconsejado que, por su propia seguridad, se mantuviera al margen. Permaneció inmóvil durante unos segundos, indeciso, espantado de ser testigo del salvaje apaleamiento de un indefenso. Estaba a pocos metros de su portal e hizo amago de continuar su camino y seguir el consejo de alejarse, de no meterse en líos, pero aquellos gritos llegaban implacables hasta su conciencia. Apretó los puños en el interior de sus guantes, tensó la mandíbula y dio un paso, y luego otro y otro más, y sin darse cuenta estaba corriendo hacia el grupo.

—¡Eh, eh, parad de una vez! —gritó en un alemán perfecto cuando ya estaba muy cerca—. ¿Qué hacéis? ¡Dejadlo en paz!

Se quedó a un par de metros como si con su mera presencia pudiese llegar a amedrentar a aquellos energúmenos. Solo uno de los agresores interrumpió su afán; el resto no hizo siquiera amago de parar su ensañamiento sobre el cuerpo encogido y en tensión de su víctima.

El que se había detenido se le encaró desafiante, los brazos en jarras, las piernas abiertas, la barbilla alta, el pecho hinchado, altanero.

—¿Y a ti qué coño te importa? Lárgate de aquí si no quieres recibir tú también.

Todos iban con la abrigada camisa parda, la corbata a juego, el brazalete rojo con la cruz gamada ceñido al brazo izquierdo, los correajes de cuero cruzados al pecho, el pantalón bombacho, el quepis calado y unas rudas botas negras que cubrían la pantorrilla, como los que había visto desfilar hacía unos minutos, dedicados estos a la despiadada caza de una presa factible.

—Sois muchos contra uno solo. —Yuri trató de mantener un tono de tranquilidad y que no se notase el miedo que lo acogotaba—. No es muy valiente por vuestra parte, ¿no crees?

—Lárgate, te he dicho —insistió el camisa parda—. No es asunto tuyo.

Sin pararse a pensarlo, dejándose llevar por el instinto moral de su conciencia, con un movimiento rápido e inesperado, Yuri sorteó con habilidad aquel muro humano y se fue hacia el grupo con la intención de apartarlos del agredido. Empujó a unos y otros hasta que logró llegar al chico, que no dejaba de chillar de espanto. Procuró protegerlo a base de empujones hasta que lo derribaron; entonces fue él quien empezó a recibir patadas y golpes con porras de caucho que caían contra su espalda como una lluvia de piedras. Se cubrió la cabeza con los brazos y encogió el cuerpo replegando las piernas en su regazo a la espera de que aquello terminase en algún momento. De repente, por encima de aquel infierno de golpes, se alzó una voz femenina.

—¡Basta ya! ¡Dejadlo! ¡Parad! Estáis locos... ¡Los vais a matar!

—¡La que faltaba! —bramó uno de ellos—. Vete de aquí. Esto no es para mujeres.

—Te he dicho que pares. ¡Ya basta! —gritó la recién llegada. Al no conseguir nada, cambió el tono y buscó convencer—:

Hoy es un día de fiesta, Franz. Esto no toca. —La chica cogió del brazo al que se había encarado con Yuri, instándolo a que detuviera los golpes—. Hazme caso, llévate a tus chicos a celebrarlo y deja en paz a estos desgraciados.

El camisa parda arrugó el ceño, apretó la mandíbula, se volvió hacia el grupo y habló impostando autoridad.

—Está bien. Por hoy hemos terminado con esta basura.

La agresión remitió y se hizo un silencio roto tan solo por el resollar de los atacantes cansados de propinar golpes. Yuri levantó la cabeza para mirar a la mujer que los había salvado; llevaba un gorro de lana gris bien calado y el amplio cuello del abrigo le cubría hasta las mejillas. Los ojos de ella se clavaron en los de Yuri, apenas unos segundos hasta que alguien con voz bronca quebró la magia de aquella mirada de un verde casi transparente.

—Aquí no se ha terminado nada —dijo el más corpulento de todos, enfrentándose de forma chulesca con el que parecía el cabecilla. El habla gangosa y su caminar tambaleante evidenciaban la borrachera—. A mí no me da órdenes una mujer.

—Te las doy yo, que soy tu superior. Y te ordeno que te vayas a casa a dormir la mona, que por hoy ya has bebido bastante.

El aludido tenía el aspecto de un oso, no solo por el color del uniforme sino por el cuerpo grande, la cabeza cuadrada hundida en el tronco casi sin cuello.

—Me iré cuando a mí me dé la gana. A este le tenía yo ganas y esta vez no se me escapa.

Dicho esto, le propinó una fuerte patada en la cara al chico, que aulló dolorido y se arrastró por el asfalto como un animalillo asustado.

El que actuaba como cabecilla se fue hacia él a pesar de que el otro lo doblaba en volumen y le sacaba media cabeza de altura.

—He dicho que se acabó la fiesta —lo conminó agarrándolo del brazo.

Encarados ambos, el jefe tuvo que alzar la vista para enfrentar sus ojos. El oso inflaba tanto el pecho que hacía tensar la tela

de su camisa hasta el extremo. Forcejearon, se empujaron entre gritos e insultos. Los demás permanecían alerta, pero ninguno se atrevía a intervenir. De pronto, alguien dio la voz de alarma.

—¡Cuidado, Franz, lleva una navaja!

Advertido el jefe y descubierta el arma que el oso sujetaba en la mano derecha, aprovechó la descoordinación de movimientos por efecto del alcohol y se la arrebató con habilidad. Acto seguido, en una acción inmediata y casi inconsciente fruto de la rabia, el jefe alzó la mano y hundió la navaja en la papada del discípulo.

—¡No!

Al grito de impotencia de la chica le siguió un estremecedor silencio. Durante unos segundos eternos los dos hombres permanecieron unidos en un mortal abrazo, aferrado el oso al cuerpo del jefe. Se separó al fin llevándose las manos al cuello, con una mueca consternada de horror al sentir el amarre de la muerte. Se tambaleó, trastabilló y se desplomó golpeando la cabeza contra el borde de la acera, un golpe seco que sonó terriblemente hueco. La imagen pareció congelarse, detenida en el tiempo, todos quietos, mudos, el único movimiento eran las vaharadas blanquecinas que formaba en el aire el aliento de los otros, jadeantes de frío, de esfuerzo y de consternación.

El caído quedó inerte, los ojos abiertos, la boca torcida. Una sombra oscura se deslizó lentamente desde su cuello, tiñendo de rojo la albura de la nieve recién caída. El jefe lo observaba con el rostro desencajado, perplejo por lo que acababa de hacer. Se miró la mano en la que todavía empuñaba el pequeño estilete que goteaba sangre fresca, y lo soltó como si le hubiera ocasionado un calambre. No dejaba de mirarse la mano abierta, ensangrentada, temblona.

El resto seguía sin reaccionar, sobrecogido por la macabra escena. El primero que se movió fue el chico víctima del ataque, a quien los agresores daban la espalda. Se levantó sigiloso y, sin quitar la vista del grupo, cogió a Yuri por el brazo y lo ayudó a incorporarse; con un gesto le indicó que corriera. An-

tes de hacerlo, Yuri miró a la chica. Sus ojos se cruzaron de nuevo. Luego echó a correr.

—Hijos de puta —clamó rabioso el chico que lo precedía en la carrera—. Son como animales salvajes.

Al acercarse al portal, Yuri ralentizó la marcha mientras buscaba las llaves en su bolsillo. Se detuvo al llegar frente a la entrada, nervioso. El chico también se detuvo.

—¿Vives aquí? —le preguntó como si le extrañase.

Yuri asintió al tiempo que trataba de introducir la llave en la cerradura. El otro dio varios pasos alejándose de él, sin dejar de mirarlo; se puso la mano en la frente a modo de saludo militar y le dijo con una amplia sonrisa en el rostro:

—Gracias, amigo, te debo una.

De inmediato, echó a correr con una velocidad extraordinaria. Yuri se dio la vuelta hacia el grupo que ya empezaba a dispersarse. La mano le temblaba tanto que no atinaba con la llave. Sentía un doloroso latido en las sienes y el labio le escocía como si tuviera una tea candente en su interior. Notó el sabor pastoso de la sangre. Por fin abrió, entró en el portal y se precipitó escaleras arriba. Se metió en su buhardilla con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Pegó la espalda en la pared y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, jadeante. Le faltaba el aire, como si el oxígeno no llegase a sus pulmones, sentía que se ahogaba. Se quitó los guantes, se despojó de la bufanda igual que si lo hiciera de una sogá al cuello, pero seguía sintiendo una presión insoportable.

Se levantó y, con paso vacilante, se acercó hasta una de las mansardas, abrió el cristal y sacó medio cuerpo al exterior buscando aire que respirar. Lo hizo a bocanadas, con el ansia que le imponía el latido del corazón. Cuando se calmó, volvió a sentarse en el suelo, junto a la ventana abierta. Temblaba de frío. O tal vez era de miedo, el miedo que lo acompañaba siempre desde hacía doce años.

Petrogrado (antigua San Petersburgo), 1921

Desconfío especialmente de un ruso cuando tiene el poder en sus manos. Esclavo no hace mucho tiempo, se vuelve el déspota más incontrolado cuando tiene la oportunidad de convertirse en señor de su prójimo.

MAKSIM GORKI

I

Miguel Santacruz había llegado a la hermosa ciudad de San Petersburgo en la primavera de 1906 para incorporarse como agregado de negocios en la embajada de España en la Rusia zarista. Conoció a Verónika Olégovna Filátova en una de las magníficas recepciones que organizaba el embajador, fiestas en las que no se escatimaban gastos ni fastos, en las que corrían el caviar, los mejores vinos, el champán francés, exquisiteces ofrecidas a invitados de gala que disfrutaban del lujo y la vida. La belleza de Verónika deslumbró a Miguel nada más verla: alta, esbelta, su cuello era largo como el de un cisne, la piel blanca nacarada, los ojos grises, muy claros, grandes, rasgados, de mirada brillante; era alegre y vital, de sus labios ema-

naba una sonrisa serena, plácida, contagiosa. Tenía diecisiete años y era la única hija de un próspero comerciante de Rostov del Don, que se había instalado en San Petersburgo decidido a ofrecer a la joven una exquisita educación, además de la oportunidad de codearse con la alta sociedad.

El padre de Verónika, Oleg Borísovich, simpatizaba con las ideas del partido liberal ruso, que pretendía más libertad y una constitución como base para desarrollar un sistema parlamentario similar al de Occidente; aunque lo suyo no era la política, sino la economía. Se pasaba grandes temporadas lejos de su esposa e hija, atendiendo sus negocios. La madre, Olga Ivánovna, era una mujer inteligente, amante de la música y de los libros, dedicada en cuerpo y alma al cuidado y educación de la joven Verónika, para la que había que elegir un buen marido acorde a su categoría social. Por eso le había costado aceptar el interés que Miguel Santacruz mostró hacia su hija; un extranjero diez años mayor que ella que, en su opinión, estaba de paso en Rusia y con toda seguridad se marcharía a otro lugar del mundo, rompiendo la unidad de la familia, alejando de su lado a su hija y sus futuros nietos. Sin embargo, el amor que la pareja se profesó desde el principio había aplastado todas sus reticencias.

Al cabo de un año, Miguel y Verónika contrajeron matrimonio. Nueve meses después nació Yuri, al que siguió con un espacio de apenas un año Nikolái, a quien llamaban Kolia. En la primavera de 1914 llegó al mundo la tan ansiada niña, a la que pusieron el nombre de Ekaterina, Katia para todos.

Al igual que había hecho su madre, Verónika consagró su vida al cuidado de sus hijos. Yuri y Kolia se llevaban muy bien entre ellos, compartían juegos y el gusto por la música, las artes y la lectura y el aprendizaje de otros idiomas. Además de ruso y español, los dos hermanos aprendieron casi a la perfección francés y alemán. Verónika estaba dotada de una voz de-

liciosa, potente y dulce a la vez. Solía cantar a coro con sus hijos *Kalinka*, la canción favorita de los niños; los tres cantaban y bailaban en el gran salón de la casa, disfrutando una vida llena de felicidad.

La única que no siguió el ritmo de instrucción y aprendizaje materno fue Katia. No le gustaba la música, ni la lectura; se pasaba el día entretenida con una preciosa casa de muñecas que le había regalado su abuelo materno. Desde su nacimiento se convirtió en la debilidad de su padre, el ojito derecho a quien consentía todo aquello que le pedía.

Verónika quedó embarazada de nuevo cuando Yuri tenía ocho años. Sasha llegó al mundo en una noche de perros de febrero de 1917, azotada la ciudad por una fuerte ventisca ártica, en uno de los inviernos más fríos que se recordaban y en un país en guerra desde el verano de 1914. Aquel mismo mes estalló la revolución del pan promovida en su mayor parte por mujeres hartas de la escasez y el alza de los precios a causa de la acumulación mezquina de los harineros, revuelta que unos meses más tarde llevaría al colapso al régimen zarista. El parto resultó largo y complicado, y cuando Verónika Olégovna vio por primera vez la cara de su recién nacido, tuvo un mal presentimiento. No andaba desencaminada en los malos augurios porque, a partir de aquel momento, la apacible vida que hasta entonces habían conocido empezó a desmoronarse como un enorme castillo de naipes.

Un año después, en el primer cumpleaños de Sasha, las cosas habían cambiado tanto para la familia Santacruz que a Verónika le parecía que hubiera transcurrido un siglo. El desorden y la anarquía comenzaban a apoderarse de todo y de todos. La revolución bolchevique, que había estallado en octubre de 1917, se extendía caótica en una sociedad carente de ley y de orden. Los disparos por las calles y las pedradas arrojadas contra las ventanas del piso en el que vivía la familia Santacruz fueron los primeros avisos, seguidos de una escala-

da de saqueos, robos, destrozos y sobre todo miedo, un miedo que se fue incrustando en cada poro de la piel, en cada latido, en cada respiración de un aire viciado por una maldad desatada.

Los Santacruz residían en el primer piso de un edificio señorial de techos altos, habitaciones espaciosas, limpias y luminosas, con un gran salón exquisitamente decorado con muebles de maderas nobles y ricas telas, en cuyo centro destacaba un espectacular piano Bechstein; la casa disponía de instalación eléctrica y agua corriente, lo que les permitía tener un baño completo muy amplio con una bañera, lavabo doble y váter.

Como consecuencia del decreto de abolición de la propiedad privada, se instauró en el edificio la política de los *kommunalki*, y las casas particulares se convirtieron en apartamentos comunitarios. Desde entonces un grupo de gentes de aspecto mísero provenientes de suburbios y aldeas, dirigidos por un comité de vecinos, se distribuyó por cada una de las diez habitaciones, excepto las dos que le habían dejado a la familia Santacruz. Al principio la actitud de las familias recién llegadas fue correcta, comedida y algo displicente, pero en muy poco tiempo la insolencia, las voces desairadas, la falta de respeto, la envidia y el resentimiento por lo que tenía uno y le faltaba al otro se fueron apoderando de cada rincón de la casa. Los nuevos moradores utilizaban las cosas sin cuidado, se rompían y no se arreglaban. Nadie limpiaba ni recogía y en breve todo estaba sucio, deteriorado por la dejadez y el mal uso.

Los Santacruz se habían recludo en la habitación que había sido del matrimonio y en lo que fue el vestidor de Verónika, comunicadas ambas estancias por una puerta sin necesidad de salir al pasillo, lo que les daba una cierta sensación de intimidad. Además del matrimonio y sus hijos, vivían con ellos en aquel hacinamiento Olga Ivánovna, la madre de Verónika, y la niñera, Sveta Rudakova, una especie de *bábushka* dulce y

rechoncha que invitaba al cálido abrazo, que había renunciado hacía mucho a tener hijos propios para dedicarse a cuidar a los ajenos, y que vivía con el matrimonio desde el nacimiento de Yuri. Valka, el chófer de los Santacruz hasta que le arrebataron el Packard, se acomodó en lo que había sido la despensa. Junto con Sveta, fueron los únicos miembros del servicio que se mantuvieron leales a la familia, auxiliándolos en más de una ocasión frente a los saqueos y requisas que habían sufrido. No obstante, los Santacruz habían perdido casi todos los bienes que había en la casa: alfombras, cortinas, muebles, mantelerías, y la ropa, también la de los niños, una parte de la cual pudo conservar Sveta guardándola en un baúl con otros objetos valiosos, defendiendo ante los saqueadores que aquello era suyo y no le podían arrebatar lo que le pertenecía como proletaria.

El gran salón de la casa había quedado convertido en el lugar de reunión del comité del barrio, y siempre había gente que entraba y salía armando jaleo, discutiendo, ya fuera de día o en plena madrugada. El piano fue una de las cosas que primero se llevaron; el dolor que sintió Verónika la había postrado en cama durante varios días, incapaz de resistir tanta tristeza. El baño era de uso comunal. Valka tuvo que arreglarlo varias veces y enseñar que el retrete no era un lugar al que arrojar todo tipo de basura, pero todo esfuerzo por utilizarlo correctamente se veía inútil. En muy poco tiempo el uso de la cocina se tornó impracticable para los Santacruz. Verónika se negó a utilizar aquella pocilga en la que habían convertido sus fogones, encimeras y fregadero.

La vida de lujos, comodidades y bienestar en la que habían vivido Miguel Santacruz y su familia se había esfumado por completo. Convertidos en enemigos del pueblo, tildados de burgueses altivos y egoístas, acusados y sentenciados como delincuentes por el solo hecho de pertenecer a una clase social, los Santacruz habían tenido que aprender a pasar desapercibi-

dos, a evitar cruzarse con aquellos que esparcían con saña el odio acumulado durante siglos. Habían perdido la oportunidad de abandonar Rusia y regresar a España junto con la mayoría de la plantilla cuando, en el verano de 1918, poco después de la ejecución del zar Nicolás II y la familia imperial Románov, la embajada cerró la legación. Verónika (presionada por su madre) se había negado a salir del que consideraba su país, abandonar todo lo que entendía que era su vida para emprender un viaje incierto atravesando una Europa aún en guerra, y con Sasha tan pequeño. La realidad de los meses siguientes aplastó como una losa aquella decisión, y Verónika se culpó cada día de haber dejado atrapados a sus hijos en aquel infierno, convertidos en parias en su propia casa.

El simple hecho de tener o haber tenido alguna propiedad o un comercio, por nimio que fuera, se convirtió en un lastre; al robo se le consideraba nacionalización, y lo que era peor, la barbarie, los asaltos, la delación, incluso el asesinato, se habían convertido en una forma de lucha obrera. Pusieron en libertad a los delincuentes comunes confinados en las cárceles, en la creencia de que si se delinquía era por el exceso de esa clase de privilegiados que los habían oprimido durante siglos; así que por las calles pululaban a su albedrío hordas de convictos de toda calaña, ladrones, asesinos, estafadores, violadores. La pasada magnificencia de la ciudad se había deteriorado como si la hubiera golpeado un huracán. Los edificios, antes señoriales como elegantes fortificaciones, se habían convertido en viejas tumbas abiertas. Las calles, antes limpias y relucientes, permanecían sucias, descuidadas, con tan poco tráfico que en ellas crecían arbustos. No había tiendas, ni teatros, ni restaurantes, ni siquiera fábricas. Todo había quedado clausurado, abandonado, una ciudad fantasma igual que un cementerio olvidado, habitada solo por cadáveres andantes, macilentos hombres, mujeres, niños, ancianos solitarios en busca de un mendrugo de pan o un trozo de madera con el que calentarse. No había

perros, ni gatos, ni pájaros, tan solo ratas y cucarachas sobrevivían; la escueta carne de los caballos muertos de inanición acabó convertida en tropezones de sopas y *goulash*. Todo lo susceptible de transformarse en leña había desaparecido: los árboles, las cercas, las puertas; si una casa era abandonada, en un par de noches se desmantelaban hasta los cimientos. La escasez deshacía la ciudad. La inseguridad se había apoderado de todo. El temor a salir, daba igual la hora que fuera, se había adueñado de la mayoría de quienes solo intentaban sobrevivir en un lugar en el que no había de nada, al menos para ellos. La gente pacífica quedaba al albur de no cruzarse con tipos que campaban a sus anchas sin control alguno y sin reconvención por sus delitos, de tal manera que el regreso al hogar se celebraba como un acontecimiento. Como combustible, los Santacruz habían llegado a utilizar la madera de muebles, algunos muy valiosos, y libros, cuyas hojas en llamas dolían a Verónika igual que si estuviera viendo arder un ser vivo. El cabeza de familia, en compañía de Valka, se había escabullido varias veces a las afueras de la ciudad en busca de algo de leña, arriesgándose a que los detuvieran, porque tomar leña o cualquier producto sin permiso era un delito penado con años de prisión o incluso la muerte.

Todo a su alrededor se desmoronaba y Miguel Santacruz era testigo y víctima de la devastación que se estaba produciendo en su familia. Si no salían pronto de allí, San Petersburgo, la ciudad de las noches blancas, se convertiría en su tumba.

II

Era el primer día de enero de 1921. Hacía dos años que los Santacruz no celebraban la llegada del nuevo año. En reali-

dad, hacía tiempo que no celebraban nada, porque nada había que celebrar. La única ocupación de cada día era sobrevivir hasta el siguiente.

Verónika había dado aviso al médico porque el pequeño Sasha llevaba varios días con fiebre alta. Petia Smelov se presentó de inmediato. Amigo de Miguel Santacruz desde su llegada a San Petersburgo, Smelov era el médico de la familia: había asistido cada uno de los partos de Verónika, y había atendido y tratado todas las dolencias, enfermedades y complicaciones de los Santacruz, incluidos los miembros de servicio.

Smelov examinó al niño bajo la atenta mirada de la madre que, al pie de la cama, contestaba a las preguntas que le hacía el doctor.

Cuando terminó, se lavó las manos con el rostro serio.

—El niño tiene tífus, pero no se morirá de eso. Lo que va a matar a tu hijo es el hambre. Está muy débil. Alimentarse y quinina, eso es lo que necesita.

—Y de dónde saco comida y quinina —murmuró la madre con expresión impotente.

Petia la observó preocupado; estaba demasiado delgada, como si estuviera a punto de quebrarse, sostenida tan solo por la fortaleza innata en una madre de sacar adelante a sus hijos por encima de cualquier dificultad.

—¿Cómo van los permisos de salida del país?

—Miguel está haciendo todo lo posible. Ha llamado a todas las puertas, ha llegado a todos los despachos de todos los estamentos rusos y extranjeros, pero parece una tarea imposible. Cualquier avance supone un retroceso inmediato. Nadie le hace caso. Todo se eterniza. Es desesperante.

Su marido llevaba meses tratando de conseguir los salvoconductos de salida. En la embajada de Noruega, donde habían quedado amparados los intereses de los españoles, no le ponían ninguna pega en cuanto a él, diplomático y ciuda-

dano español, pero estaba resultando muy complicado conseguir la autorización para ella y sus cuatro hijos, todos rusos.

—Qué error no haber salido del país cuando tuvimos oportunidad. No me lo podré perdonar nunca...

—No te culpes, esta situación no se la esperaba nadie.

Los ojos de Verónika se ensombrecieron y le habló con expresión preocupada.

—Petia, dime cómo puedo conseguir quinina para Sasha. Tú tienes contactos.

—No me pidas eso, Verónika Olégovna. No puedo... No debo. Es demasiado peligroso.

—Te lo suplico, tienes que ayudarme, es mi hijo... Qué no va a hacer una madre por su hijo.

—De poco serviría exponerse a tanto. Y Miguel no me lo perdonaría nunca.

—Él no tiene que saber nada. Por favor, Petia, dime dónde puedo encontrar algo que pueda salvar la vida de mi pequeño. —Esperó unos instantes una respuesta, una reacción—. Si no me ayudas, saldré a la calle dispuesta a lo que sea por conseguir el contacto que tú me niegas... Sé muy bien cómo hacerlo.

—No —replicó Petia espantado—. No se te ocurra hacer ninguna locura.

—Pues ayúdame tú —insistió en voz muy baja pero pertinaz en su tono.

Durante varios segundos mantuvieron fijos los ojos el uno en el otro, el gesto valorativo él, suplicante ella, hasta que el médico eludió la mirada, cogió papel y pluma y escribió una dirección. Se lo tendió a regañadientes.

—Ve antes de las ocho, de lo contrario te arriesgas a que se hayan ido. Allí podrás encontrar alimentos frescos, verduras y leche, no sé si dispondrán de quinina.

Ella leyó la nota con avidez, y luego se la pegó al pecho.

—Gracias —balbuceó emocionada. Aquel trozo de papel era una brizna de esperanza.

—Nadie debe saber que te he dado el contacto, por lo que más quieras, Verónika. Me buscarías problemas.

—Confía en mí —respondió agradecida.

La miró con expresión contrita, disgustado de haber cedido.

—Cuando se entere Miguel, me va a arrancar la cabeza —murmuró al tiempo que negaba con un gesto—. No lles dinero, no vale de nada. ¿Os queda algo de valor? Oro, joyas, ropa, calzado, lo que sea...

Las nefastas consecuencias del comunismo de guerra implantado por el gobierno bolchevique desde el invierno de 1918, al que se añadió una de las más feroces sequías, habían provocado una gran hambruna en todo el país que mataba a millones de personas.

Verónika asintió.

El médico recogió sus cosas, se puso el abrigo. Miró a su alrededor, con gesto de desagrado.

—Intenta ventilar un poco la habitación. El aire aquí es irrespirable.

—Lo sé —dijo Verónika avergonzada—, pero el calor es un bien demasiado preciado para dejarlo escapar por la ventana.

El doctor esbozó una mueca de afligida conformidad.

La mujer lo acompañó por el pasillo de la casa hasta la puerta de lo que había sido su hogar.

—Ten mucho cuidado, Verónika, es muy peligroso, y si te descubren... Puede ser el final para ti y para tu hijo.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, ella estrujó el papel entre las manos como si le hubiera dado un arma letal.

—Petia, tengo que hacerlo. No puedo dejar morir a Sasha...

Regresó a la habitación con paso rápido, y al entrar se dio cuenta de la neblina caliente y espesa que los envolvía. Los

candiles que Valka había fabricado con botellas o botes llenos de sebo, para iluminarse cuando la luz eléctrica faltaba, saturaban el aire de un humo maloliente que irritaba las gargantas y los ojos y ennegrecía los techos, antes blancos como la nieve. Sintió una angustia que la ahogaba. Tenía que hacer algo, si se quedaban allí respirando aquel aire contaminado acabarían todos muertos.

Se fue a la única mesilla que les quedaba, sobre la que descansaban una jarra con agua, un vaso y una pequeña palangana en la que de vez en cuando la abuela sumergía un paño para colocarlo en la frente sudorosa del crío, tratando de controlar la fiebre. Abrió el cajón con cuidado de no sobresaltar al niño, hurgó en el fondo y sacó unos pendientes de oro. Mientras, su madre la observaba inquieta.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó alarmada Olga Ivánovna—. Son los pendientes de tu boda.

—Son unos simples pendientes, madre, ya no tienen otro valor que lo que pueda conseguir con ellos.

—Pero es lo único que nos queda. Tu marido los guarda para comprar los billetes de tren en cuanto tenga los salvoconductos.

—Tenemos que vivir al día; es posible que no nos permitan salir del país en meses, o que no nos lo permitan nunca... —Bajó los ojos para no derrumbarse. Tenía que mantenerse fuerte. Volvió a mirar a su madre con firmeza—. ¿De qué me sirven los billetes de tren si Sasha muere? Necesito estos pendientes ahora —insistió tajante.

Introdujo las joyas y la nota que le había dado el doctor dentro del sostén. Se calzó las botas, se puso el abrigo. Cuando fue a coger el chal se encontró con la mirada triste e incisiva de su hijo Yuri. Estaba delgado y muy pálido, el pelo enmarañado le caía por la frente. Su aspecto era una mezcla de los rasgos de niño que aún resistían y los de adolescente que ya afloraban. Aunque su piel era morena como la de su

padre, había heredado de ella sus mismos ojos grises, y la misma manera de ver el mundo, su sensibilidad, sus cualidades para la música, tantas posibilidades bruscamente interrumpidas cuando apenas habían empezado a manifestarse.

—Mi pequeño Yura. —Su madre era la única que lo llamaba así, y solo en ocasiones especiales como aquella, pues Miguel Santacruz odiaba esa costumbre tan habitual de los rusos de tratar todo y a todos con diminutivos—. Tengo que salir. ¿Cuidarás de tus hermanos y de la abuela?

—¿Y si no vuelves? —preguntó el chico inquieto.

Ella se acercó hasta él, se agachó un poco para mirar de frente sus ojos grises, y le habló con toda la firmeza de la que fue capaz.

—Volveré, ¿me oyes? Te prometo que volveré.

Le besó en la frente y justo entonces se oyó un disparo a lo lejos. Instintivamente, los tres dirigieron la mirada hacia la ventana. Era algo habitual, y más al caer la noche, cuando la ciudad se convertía en un lugar agresivo y lleno de peligros para los que se arriesgaban a transitar por sus calles.

—No lo hagas —suplicó Olga Ivánovna—. Por el amor de Dios, hija, no salgas.

Verónica se aproximó a su madre mientras se envolvía en el grueso chal.

—Cuida de Sasha, madre. Voy a conseguir quinina y algo de comer para que nuestro pequeño no se nos muera de hambre.

—Temo por ti.

La voz ahogada de la madre enterneció a Verónica.

—No me pasará nada —dijo dedicándole una sonrisa.

Cogió los guantes y se puso el gorro de piel de zorro ajustándose las orejeras. La madre reaccionó en un último intento de que no saliera.

—Espera al menos a que regrese tu marido.

—No puedo esperar, no hay tiempo.

Verónica salió y cerró la puerta. Olga Ivánovna se quedó